

Dalia Barrera Bassols
Informe
Tijuana:
mito y realidad

CONDICIONES DE VIDA DE LA POBLACIÓN
TRABAJADORA EN TIJUANA, BAJA CALIFORNIA

Cada obrero, aun el mejor, está siempre sujeto a que le falte el pan, es decir, a la muerte por hambre, y muchos sucumben; las viviendas de los obreros están generalmente mal agrupadas, mal construidas, mantenidas en pésimo estado, mal ventiladas, son húmedas y malsanas; los inquilinos están encerrados en el más estrecho espacio y, en la mayoría de los casos, en una pieza duerme por lo menos una familia; la disposición interior de las habitaciones es pobre en diversos grados, hasta llegar a la absoluta falta de los muebles más necesarios; los trajes de los obreros son generalmente miserables y con muchísimas roturas; los alimentos son malos, frecuentemente casi incomibles y también, al menos por periodos, insuficientes, de modo que en la mayoría de los casos el obrero sufre hambre. La clase obrera de las grandes ciudades ofrece una condición de vida de diversas gradaciones, en casos favorables, una existencia temporalmente soportable, buen salario por un trabajo intenso, buena alimentación y alimentos no malos. Todo bueno y pasable, naturalmente desde el punto de vista de los obreros; en el caso peor, la miseria más extrema, que puede llegar hasta la falta de techo y el hambre; el término medio se acerca más al caso peor que al mejor.

Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*

En 1845, Engels describía de este modo la situación de los obreros de la Gran Bretaña. En 1978, nosotros encontramos que su descripción se acercaba de manera notable a la de las condiciones de vida de la población trabajadora de una de nuestras ciudades fronterizas: Tijuana, B. C.

En las siguientes páginas, presentaremos de manera resumida los resultados de una investigación realizada en la ciudad de Tijuana, en torno a la situación de su población trabajadora.* El análisis abarcó el periodo 1970-1978, pero en estas líneas trataremos solamente los años de 1977 y 1978, durante los cuales se efectuó el trabajo de campo en dicha ciudad

Estas notas esbozan las condiciones de vida de los trabajadores en dicha ciudad, contribuyendo así a

la refutación de los estudios oficiales, que ofrecen un panorama de la franja fronteriza norte como beneficiaria de un nivel de vida de los más altos del país.

* Esta investigación se efectuó durante los años de 1977 a 1979, dentro del Proyecto Frontera Norte del Departamento de Proyectos Especiales de Investigación del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en cooperación con el CONACYT y con el Centro de Ecodesarrollo. Debo agradecimiento a la doctora Margarita Nolasco, a los antropólogos Íñigo Aguilar y América Flores, al historiador Jacinto Barrera y al economista Alejandro Álvarez, quienes contribuyeron al desarrollo de esta investigación y a los cuales eximo de toda responsabilidad por lo aquí planteado.

1

LA CIUDAD

Con los buenos negocios, naturalmente, llega también la inundación provocada por las olas del siempre agitado “ejército de reserva” o “sobrepoblación relativa”.

Carlos Marx, *El Capital*

La ciudad de nuestro estudio nació como centro de diversión para el turismo norteamericano generado por la expansión capitalista del sureste de Estados Unidos y como fuente de mano de obra barata para ese mismo capital. Sus épocas de mayor auge demográfico y económico coinciden con las épocas de crisis o de guerra en Estados Unidos: la implantación de la Ley Seca en 1919, la Gran Depresión de los treintas, la primera y la segunda guerras mundiales, la guerra de Corea, la de Vietnam. En estos periodos, se refuerzan las actividades turísticas, el contrabando, la prostitución, etcétera, así como la demanda de trabajadores mexicanos para el capital norteamericano.

En la actualidad, Tijuana sigue estando centrada, económicamente hablando, en sus dos funciones tradicionales. Por un lado, en 1973, se calcula que el 24.9% de su población económicamente activa (PEA) estaba empleada directamente por el capital norteamericano, en forma de “bracerismo” ilegal, de trabajadores con permiso legal de trabajar en Estados Unidos (llamados *commuters*) por ser ciudadanos norteamericanos residentes del lado mexicano de la frontera, y finalmente, de trabajadores de las industrias maquiladoras establecidas en Tijuana.¹ Por otra parte, Tijuana mantiene estrechas relaciones

¹ De los 42 976 trabajadores empleados por el capital norteamericano, 18 936 eran trabajadores indocumentados, 15 000 eran *commuters* y 9 000 obreros en las maquiladoras. Cf. *La zone frontiere nord du Mexique*, Institut des Hautes Études

con el área de San Diego, en lo que toca al turismo interfronterizo y las actividades ligadas a él.

La estructura productiva de esta ciudad se puede resumir en la siguiente forma: en primer lugar, las actividades agropecuarias ocupan un lugar poco relevante, con el 9.2% de la PEA en 1970.² En un segundo lugar, la industria que ocupa el 29.4% de la PEA,³ se concentra en actividades como la manufactura de productos alimenticios y bebidas, la fabricación de calzado y prendas de vestir y la fabricación de productos metálicos, que representaban en 1970 el 59.0% de los establecimientos censados.⁴ Relacionados con el turismo norteamericano, se ha desarrollado también gran cantidad de pequeños talleres, algunas veces familiares, en los cuales se producen artesanías para venderlas en Tijuana o incluso para su exportación a Estados Unidos. En tercer lugar, tenemos las actividades comerciales y de servicios. Aunque con cierta base en el turismo nacional, en el bracerismo y en la demanda local, estas actividades tienen también estrecha relación con el turismo norteamericano. Así, además de hoteles, restaurantes, establecimientos de diversiones, burdeles, etcétera, proliferan gasolineras, tiendas de artesanías, licorerías, bancos e instituciones financieras de todo tipo, respondiendo a la demanda de esos artículos y servicios por parte de los turistas norteamericanos y, en cierta medida, por parte de los braceros mexicanos.

Un tipo de comercio muy importante para la mayoría de la población de Tijuana es el de las llamadas “segundas”, tiendas que venden artículos de desecho importados de Estados Unidos (ropa, enseres domésticos, etcétera). Por otra parte, paralelo a los establecimientos comerciales, se desarrolla el pequeño comercio ambulante, resultado del gran desempleo existente. Participan en él niños, mujeres y hombres, y en 1978 se calculaban en dos mil las familias que dependían de esta actividad.⁵ En conjunto, las actividades comerciales y de servicios ocupaban el 52.5% de la PEA en 1970.⁶ Finalmente, hemos de mencionar a la industria maquiladora, que para 1978 ocupaba a 11 470 trabajadores (la mayoría mujeres), en 148 empresas.⁷

d'Amérique Latine, Paris, 1974. Cito en Ángel Bassols, *México. Formación de regiones económicas. Influencias, factores y sistemas*, UNAM, México, 1979. p. 422.

2 *IX Censo General de Población*, Dirección General de Estadística., SIC, México, 1970.

3 Ibid.

4 *Censo Industrial*, Dirección General de Estadística, SIC, México, 1970.

5 *El Mexicano*, Tijuana, B. C., 13 de junio de 1978.

6 *IX Censo General de Población*.

7 *El Mexicano*, Tijuana, B. C., 2 de junio de 1978.

Un factor que afectó profundamente las dos funciones de Tijuana arriba mencionadas fue la acelerada inflación y, finalmente, la devaluación del peso mexicano de 1976. Esta última produjo, en un primer momento, caos económico, descenso del turismo, etcétera; pero finalmente significó posibilidades de mayores ganancias a los dueños de maquiladoras, las cuales recuperaron su dinamismo, así como alicientes para el turismo norteamericano y para el bracerismo. Por otra parte, dado que la población tijuana efectúa gran parte de sus compras del lado norteamericano, esto se vio desalentado por la devaluación, al menos para las capas más pobres de la ciudad.

2

LOS “BARRIOS FEOS”

Toda gran ciudad tiene uno o más “barrios feos” en los cuales se amontona la clase trabajadora. A menudo, a decir verdad, la miseria habita en callejuelas escondidas, junto a los palacios de los ricos pero, en general, tiene su barrio aparte, donde, desterrada de los ojos de la gente feliz, tiene que arreglárselas como pueda.

Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*

La ciudad de Tijuana se fue desarrollando a lo largo de una calle central llamada avenida Revolución, la cual ha sido tradicionalmente el centro de turismo y hoteles, restaurantes, bares, burdeles y comercios alrededor de éste. Al pasar de los años se realizó la colonización de la Mesa de Otay, la cual después de un corto periodo de auge agropecuario se vio incorporada a la urbanización. Por otra parte, la zona colindante con Estados Unidos llamada Zona Norte, pasó a ser, a partir de los últimos veinte años, la zona de turismo de segunda clase, braceros principalmente, donde se concentran antros de vicio y de prostitución baratos.⁸ La pavimentación y los servicios públicos se fueron extendiendo por la zona del Centro, a los lados de la avenida Revolución y otras avenidas importantes, donde se localizan comercios y negocios diversos, y finalmente, en algunas colonias de las llamadas de clase media y alta, y algunas “mixtas”, sobre todo las más antiguas y cercanas al centro de la ciudad. El resto de las

⁸ “Haciendo abstracción del Hipódromo y el Toreo, las facilidades turísticas en Tijuana se encuentran en la Av. Revolución [...] la calidad de los bares, cabarets, etcétera, va mejorando a medida que avanza la calle. Se pasa de cabarets de cuarta con *go-go girls bars*, a las tiendas de curiosidades, al jai-alai y tiendas de artículos de vidrio [...] Además, en la Avenida Revolución existen peluquerías, salones de belleza, boleros, doctores, abogados y agencias de casamientos y divorcios”. J. A. Price, *Tijuana: the urbanization of a border culture*, University of Notre Dame Press, Indiana, 1973.

colonias, zonas de asentamiento de la población trabajadora de Tijuana, carece de uno o más de los servicios públicos indispensables. Un editorial de *El Mexicano*, periódico local, señala que, de más de doscientas colonias que existen en Tijuana, “la mayoría carece de elementales servicios públicos”.⁹

A su llegada a Tijuana, los campesinos, obreros y empleados de baja categoría sólo encuentran posibilidad de asentarse en las colonias populares existentes, o incluso de “invadir” terrenos federales, municipales o privados. Los problemas de regularización de la tenencia de la tierra, de falta de servicios elementales, de incendios e inundaciones, se combinan, para la población trabajadora, con los de desalojos (generalmente violentos) de las personas que habitan en colonias que “estorban” el proceso de urbanización de la ciudad según los criterios oficiales o privados, o que “afean” el panorama turístico de la ciudad, muchas veces sin mediar restitución alguna. La historia de Tijuana en los últimos diez años presenta cada vez más casos de conflictos de este tipo, que implican por otro lado el surgimiento de organizaciones de colonos que buscan la dotación de servicios, la regularización de la tenencia de la tierra, o enfrentar los desalojos o la restitución a los despojados y exigir las indemnizaciones correspondientes.

Los problemas de urbanización de las colonias populares se ven agravados, por otro lado, debido a las características orográficas de la ciudad, la cual crece sobre cañones y cerros, en donde se carece muchas veces de vías de acceso a las carreteras o calles pavimentadas.

3

CONDICIONES DE VIDA EN LAS COLONIAS POPULARES

La población de Tijuana para el año de 1977 se estima en alrededor de 592 800 habitantes,¹⁰ de los cuales se calcula que al menos el 65% son familias de trabajadores que habitan en las colonias que forman el llamado “cinturón de miseria” de Tijuana, esto es, 385 300 personas aproximadamente.¹¹ En dicho año, el Departamento de Proyectos Especiales de Investigación del INAH, levantó una encuesta

⁹ *El Mexicano*, Tijuana, B. C., 5 de junio de 1978.

¹⁰ Pronóstico de población realizado por el Instituto de Investigaciones Sociales y Económicas de la UABC.

¹¹ Véase M. Nolasco, “La mujer pobre de Tijuana: integración y desintegración de la vida marginal”. Revista *Siempre*, n. 1304, 21 de junio de 1978, México, pp. VI a VIII.

en dieciséis colonias populares, que abarcó a 450 familias y a 2 807 personas. Por otra parte, se realizaron cien entrevistas abiertas a familias de dichas colonias y cuarenta entrevistas más a braceros y obreras de las maquiladoras durante los años de 1977 y 1978. La información así obtenida constituye la base de nuestro análisis de las condiciones de vida en las zonas de asentamiento de la población trabajadora de Tijuana.

Existe la tendencia, dentro de ciertos medios, a presentar el caso de las colonias precarias como fruto exclusivo de la inmigración de trabajadores en épocas recientes. Nuestra investigación mostró algo distinto. De la población encuestada, el 42.9% nació en Tijuana, B. C. y el 3.0% en alguna otra parte de Baja California Norte; un 51.9% nació en otra entidad y el 1.1% en otro país (es de suponerse que en Estados Unidos). Del 1.1% restante no se supo el lugar de nacimiento. Queda claro, pues, que aunque puede decirse que gran parte de los habitantes de las llamadas colonias precarias son inmigrantes —el 40% de la población de la muestra tenía tan sólo diez años de residir en Tijuana—, existe un 42.9% que nació en dicha ciudad, lo que refleja el hecho de que es la propia dinámica del desarrollo económico y urbanístico de ésta la que confina a los trabajadores en estas zonas. A ello se suman las oleadas de campesinos, obreros y desempleados que son expulsados del campo y de otras ciudades del país, predominando los inmigrantes de origen campesino.

El 32.2% de la población de la muestra había nacido en los estados de Jalisco, Michoacán, Zacatecas, Sinaloa y Nayarit, lo cual representa al 61.6% de los nacidos en otra entidad. Este dato nos permite ubicar la corriente migratoria a la cual deben las colonias populares de Tijuana las dos terceras partes de sus inmigrados.

Estructura ocupacional y salario real

El tipo de actividades que constituyen la base económica de Tijuana determina la composición de una Población Económicamente Activa prioritariamente ocupada en el llamado sector terciario. En 1970, la PEA de esta ciudad presentaba la siguiente estructura: 9.2% trabajaba en el Sector I; 29.41% en el Sector II y 52.5% en el Sector III. Del 8.9% no se especificó suficientemente la ocupación.

Los datos de la muestra de 1977 en las colonias populares enfatizaron aún más la reducción de la PEA ocupada en el Sector I y el aumento de la PEA del Sector II, disminuyendo la proporción de la PEA ocupada en el Sector III, a comparación de los datos censales de 1970.

Al analizar el tipo de ocupaciones de la PEA de la muestra se confirmó la situación de Tijuana como

ciudad de turismo, con un bajo desarrollo industrial. Sólo el 9.7% de la PEA eran obreros industriales; éstos, junto con los albañiles, obreros agrícolas, barrenderos y choferes, suman un 34.7% de la PEA; los empleados en empresas privadas o públicas constituían el 13.6% de la PEA; los comerciantes y empleados de servicios el 19.5% y los artesanos el 21.6% (incluidos los trabajadores en pequeños talleres); el 1.3% trabajaba en un negocio familiar sin retribución y del 2.6% no se supo la ocupación. Esto es, por lo menos una tercera parte de los empleos giraba directamente en torno al turismo.

Esta es la “población supernumeraria” de Inglaterra, población que mediante la mendicidad y los hurtos, la limpieza de calles, la recolección de estiércol, los viejos con carritos y asnos, o con otros trabajitos de ocasión, sobrelleva una mísera existencia. En todas las grandes ciudades se ve una masa de esta clase de gente, que con los pequeños servicios ocasionales “mantiene unido el cuerpo al alma”, como dicen los ingleses.

Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*

Hemos visto ya cómo la ciudad de Tijuana es albergue de una fuerza de trabajo que inmigra con la esperanza de ser utilizada por el capital norteamericano. Pero, para una gran parte de los inmigrados y de los propios residentes de esta ciudad, la posibilidad de ocupación por el capital norteamericano, e incluso por el mexicano, simplemente no existe, o varía de acuerdo con los ciclos económicos. Por tanto, existe una gran capa de desocupados, que sobreviven a través de una serie de pequeños servicios, en muchos casos relacionados con el turismo.

La existencia de estos “supernumerarios” puede captarse, hasta cierto punto, a través de la llamada “subocupación”.

Para 1970, de la PEA de Tijuana, el 4.5% estaba desocupada totalmente, en tanto que el 28.68% estaba empleado con un salario menor al mínimo legal. Aunque este dato es ya de por sí alarmante si se consideran las condiciones de vida que corresponden a esos ingresos, resulta aún más drástica la imagen que presentan los datos de la encuesta de 1977: el 14.3% de la PEA estaba desocupada, en tanto que el 45.8% ganaba un salario de alrededor de medio salario mínimo legal, el 27.1% ganaba alrededor de un salario mínimo, 9.6% cerca de dos salarios mínimos y solamente el 2.3% alrededor de tres y cuatro salarios mínimos. Del 11.6% el ingreso era variable y del 3.7% no se supo.

El análisis de estos datos hace necesario considerar la capacidad adquisitiva del salario mínimo legal. En torno a este problema y de acuerdo a las listas de precios oficiales, considerando las necesidades básicas de alimentación, encontramos que el salario mínimo legal general para 1978 (147 pesos diarios,

en la zona en que está ubicada Tijuana) alcanzaría para cubrir la alimentación de una familia de cuatro miembros, más el gasto en gas, luz y transportes (estos últimos, del jefe de familia únicamente). Quedan sin cubrirse, entonces, los gastos en renta de casa-habitación, asistencia médica, ropa, transportes del resto de la familia, útiles y uniformes escolares, diversiones, etcétera. Todo esto, haciendo caso omiso de que los precios oficiales en rara ocasión son respetados por los comerciantes.

De este modo, al no cubrir el salario las necesidades de la familia, no sólo se ve obligado a trabajar el padre de familia, sino también la esposa y/o los hijos, de manera que la suma de los bajísimos ingresos de los diversos miembros de la familia muchas veces alcanza apenas para completar un salario mínimo legal, y sólo en pocas ocasiones un salario que satisface realmente las necesidades básicas de la familia. Así, de las familias encuestadas, en el 55.33% trabajaba únicamente el padre y en el 5.77% sólo la madre; en el 33.55% trabajaban varios miembros de la familia y en el 4.4% lo hacían varios hijos. Por otra parte, resultó evidente que las familias de mayores ingresos debían esa situación solamente acudiendo al trabajo de varios de sus integrantes, además del jefe de familia.

Aun así, de las familias de la muestra, el 28% seguían percibiendo ingresos de medio salario mínimo, aproximadamente; el 31.3% recibía alrededor de un salario mínimo; 14.2%, cerca de uno y medio; 7.3%, alrededor de dos salarios mínimos; únicamente el 6.4% percibía ingresos de tres a cuatro salarios mínimos, en tanto que del 12.6% no se supo el ingreso o se declaró variable.

Un factor que se suma a los bajos ingresos de la población trabajadora es la irregularidad de los mismos. De las familias encuestadas, solamente un 26.2% de todos los que trabajaban tenían planta y del 10.2% uno tenía planta y los demás no, en tanto que del 49.0% todos eran eventuales o sin arreglo, o con alguna combinación de estas situaciones con la del trabajo por su cuenta; del 10.4%, todos trabajaban por su cuenta o sin arreglo y del 0.7% se trataba de trabajo en una empresa familiar. Del 3.5% no se supo la situación.

Una gran proporción de la población trabajadora de Tijuana se encuentra relacionada con el bracerismo para su subsistencia. Aunque solamente un 2.0% de la PEA de la muestra declaró como ocupación anterior la de bracero y un 1.2% la declaró como ocupación actual, de las cien entrevistas libres, en un 37% de los casos el sostenimiento económico de las familias se relacionaba con el bracerismo, con éxito (tenían ya un miembro trabajando “del otro lado” y que les enviaba dinero), o sin él (tenían a alguno de sus miembros intentando pasarse la línea o recién devuelto por la policía norteamericana o mexicana).

Si estudiamos los datos del grupo de ingreso mensual con respecto al tipo de ocupación de la PEA de

la muestra, vemos que existe una alarmante proporción de trabajadores en todas las ocupaciones, que perciben ingresos de alrededor de medio salario mínimo legal. Por otro lado, salvo en las actividades como chofer o cobrador, vendedor ambulante, agricultor, bracero, obrero industrial y en menor medida las de empleado comercial y de gobierno, en las demás actividades resalta la ausencia o la mínima proporción de trabajadores que ganen de dos a cinco salarios mínimos. Por último, sobresale la menor remuneración de las actividades de servicio doméstico y pepenador o barrendero, frente a las demás actividades, así como la mejor situación comparativa de las ocupaciones de empleado (comercial, privado o de gobierno), obrero (agrícola, industrial o de maquiladora), chofer o cobrador, agricultor y, hasta cierto punto, las de bracero y vendedor ambulante.

Las mujeres ocupaban el 24.3% de la PEA de la muestra. De éste, el 24.9% estaban desocupadas, en tanto que de los hombres estaba desocupado el 11.8% en el momento de aplicarse la encuesta. Alrededor del 18% de las mujeres que trabajaban fuera del hogar lo hacían como sirvienta o niñera; el 14% como comerciante o vendedora ambulante; un 13% como costurera o lavandera, cocinera, tortillera, peinadora, mesera o enfermera; el 13% como obrera (en general, o de maquiladora) y el 9.5%, como empleada. La situación de la mujer en cuanto a la situación en el trabajo y la irregularidad de los ingresos muestra una gran similitud con la de los hombres.

En su análisis sobre los efectos de la crisis en el sector mejor remunerado de la clase obrera inglesa, Marx encuentra que uno de éstos es la reducción hasta el mínimo o hasta cero de los gastos que no sean de alimentación y vivienda.¹² Nuestro estudio de las condiciones de vida de los trabajadores en Tijuana nos mostró que, ante la reducción del salario, éstos crean una serie de mecanismos para suplir lo que su ingreso no les puede proporcionar: se “invaden” terrenos, se construyen casas precarias de cartón, madera y llantas de desecho, se recurre a la ropa y enseres “de segunda” traídos del “otro lado”, etcetera. Esta situación se ve reflejada en el gasto familiar, de manera que, por ejemplo, el rubro de gasto en renta sólo aparecía en el 28.1% de las familias de la muestra. Se encontró además, un bajísimo gasto mensual en vestuario y en muebles, así como en luz.

Habitación y servicios

El nexo interno entre los tormentos del hambre padecidos por las capas obreras más laboriosas y la acumulación capitalista, acompañada por el consumo excesivo —grosero o refinado— de los ricos, sólo es advertido por el conocedor de las leyes económicas. No ocurre lo mismo con las *condiciones habitacionales*.

12 Carlos Marx, *El Capital. Crítica de la economía política*, t. 1, vol. 2, ed. Siglo XXI, p. 834.

Esta aseveración de Marx se basa en dos hechos: en primer lugar, en la atracción a los centros industriales de masas de obreros rurales o de campesinos en proceso de proletarización. En segundo lugar, en la expulsión de los trabajadores de las zonas centrales de la ciudad, o de aquellas que van resultando útiles o necesarias al capital.¹³ Lo que sí resulta evidente es que las condiciones de vivienda empeoran, con el crecimiento de una ciudad, para la clase trabajadora.

En los datos de la muestra en las colonias populares de Tijuana, pudimos observar que, de las familias encuestadas, solamente el 18.5% tenía más de diez años viviendo en la misma casa en que se realizó la encuesta; el 5.3% de ocho a diez años y el 18.8% de cinco a ocho años; el 30.6% tenía de dos a cinco años, el 12.4% de uno a dos años, y el 14.2% tenía menos de un año de residir allí. Al analizar las entrevistas abiertas, encontramos que una gran proporción de las familias había cambiado al menos una vez de residencia, recorriendo diversas colonias populares en busca de una oportunidad para establecerse definitivamente en una casa propia con posibilidades de regularización de la tenencia del terreno.

Por otra parte, en la muestra se ubicó un 84.7% de las familias que habían vivido permanentemente en su casa, mientras que el 14.6% habían ocupado su hogar de manera intermitente. Estas últimas son familias que dejan cerrada su casa un tiempo, ya sea cuando están construyendo otra en otro terreno, o cuando se pasan a trabajar al “otro lado” por una temporada.

En lo que se refiere a la tenencia de la vivienda, el Censo de 1970 registró en Tijuana un 52.4% de las viviendas como propias y el 47.6% como no propias. La muestra de 1977 arrojó resultados que ponderan tanto la tenencia de la vivienda como la del terreno. Esto es importante dado que no todas las familias con casa propia están asentadas sobre un terreno de su propiedad. Encontramos así que mientras el 65.5% de las familias vivía en casa propia, el 58.4% de los terrenos eran propios, en tanto que el 22.0% eran casas rentadas y el 21.5% terrenos rentados. Un 12.2% de las familias vivía en casa prestada y el 13.7% de los terrenos eran prestados. Únicamente el 5.5% de las familias declaró abiertamente haber “invadido” el terreno, cifra que parece subestimar el problema.

El tipo de vivienda predominante en las colonias populares de Tijuana es el de casas de madera de segunda mano o incluso francamente de desecho, traídas de Estados Unidos. Una proporción mucho menor de casas son de tabicón, cemento, varillas, etcétera, o de tipo mixto, y sólo una mínima parte contaban ya con material y acabados del tipo de la vivienda de clase media, con todas las instalaciones

¹³ Véase también F. Engels, *Contribución al problema de la vivienda*, ed. Progreso, Moscú.

básicas. Finalmente, un grupo considerable de viviendas era de lámina, cartón y madera de desecho.

Un factor importante de las condiciones de vida es el grado de hacinamiento. Es éste un aspecto bastante grave en las colonias populares de Tijuana ya que, de las familias encuestadas, el 49% habitaba en vivienda de un solo cuarto; el 21.2% contaba ya con una recámara-dormitorio; el 18% con dos recámaras, el 7.2% con tres y el 3.2% con cuatro. Del 1.4% no se supo la situación. Dado que el promedio de miembros por familia de la muestra es de 6.2, resulta claro que sólo las viviendas de dos o más recámaras implican la posibilidad de eliminar la promiscuidad, esto dependiendo de la composición familiar.

Otro punto importante para el saneamiento de las viviendas es el que se cuente o no con una cocina como cuarto aparte del usado como dormitorio. En el 28.3% de las viviendas de la muestra, la situación era francamente negativa, siendo la cocina parte del cuarto redondo. En el resto de las viviendas la cocina estaba aparte del dormitorio (65.2%) y en el 6.5% de los casos la cocina era un cuarto especial.

Las posibilidades de una higiene personal adecuada, condicionadas por la existencia de sanitarios y de regadera en los hogares, no son muy favorables para la población trabajadora de Tijuana. De las familias de la encuesta, el 78.7% carecía de cuarto de baño dentro de la casa, el 3.1% carecía de baño completamente, el 13.6% lo tenía dentro de la casa y el 4.1% lo tenía en común con otras viviendas. Por otra parte, el 47.0% de las viviendas contaba con jícara y letrina; para las familias que formaban el 29.6%, la situación era aún peor, puesto que contaban tan sólo con baño de jícara; el 1.1% contaba con regadera, el 1.6% con regadera y letrina y solamente el 16.3% con sanitario y jícara o regadera. Del 4% no se investigó.

Otro síntoma del grado de pobreza de los hogares de estos trabajadores es la escasez de menaje doméstico. Según la encuesta de 1977, vemos que el panorama a este respecto no es muy halagador para los trabajadores tijuanaenses y sus familias: el 2% de las viviendas carecía de mobiliario de sala-comedor; el 4% contaba tan sólo con mesa; un 45.7% tenía mesa y sillas y el 47.5% contaba con mesa, sillas y sillones u otros muebles. El 7% contaba solamente con sillas. Por otra parte, solamente el 51% de las viviendas tenía ropero para guardar ropa y utensilios; el resto contaba tan sólo con cajas y/o baúles o petacas. Para dormir, un 96.5% de las viviendas tenía por lo menos una cama; el 1.6% contaba con cama y petates; un 0.7% tan sólo con petates y el 1.1% no tenía nada. Este dato debe ser considerado a la luz del hecho de que no se supo cuántas personas dormían en cada cama, aunque la observación directa y las entrevistas abiertas realizadas dan pie a pensar que en más de la mitad de las viviendas existe hacinamiento y promiscuidad debidos a la escasez de cuartos y/o de camas.

En cuanto al uso de energía eléctrica, los datos de la muestra en las colonias populares nos presentan el siguiente panorama: el 54.3% de las viviendas contaba con luz eléctrica con medidor; el 43.4% no tenía luz eléctrica y del resto un 1.6% la usaba y declaró abiertamente robarla; finalmente, el 0.2% la tomaba de un vecino y la pagaba. El dato del “robo” de luz se basa en lo que declararon los entrevistados y probablemente subestime ese fenómeno. A pesar de que el 43.4% de las viviendas aparentemente carecen de luz, nos encontramos con que solamente un 16.0% de las familias carecía de aparatos eléctricos. Esto puede explicarse considerando dos fenómenos: por un lado, el “robo” de luz, y por el otro, los relativamente bajos precios de estos artículos en Tijuana, por ser Zona Libre. Lo mismo ocurre con los aparatos electrónicos de diversión. Por otra parte resalta la escasa proporción de viviendas que poseen refrigerador (37.6% a lo sumo), lo cual nos habla de las precarias posibilidades de conservación de los alimentos en las viviendas de la población trabajadora.

En general, las calles están sin empedrar, son desiguales, sucias, llenas de restos de animales y vegetales, sin canales de desagüe y, por eso, siempre llenas de fétidos cenagales.

Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*

La situación de higiene y saneamiento de las viviendas se ve seriamente afectada por la deficiente disponibilidad de servicios como el de agua potable y drenaje. Los datos de la muestra plantean que la situación de abastecimiento de agua en las colonias populares es bastante grave. Solamente el 11.1% de las viviendas contaba con hidrante en la casa; 13.6% con hidrante en la calle; un 0.2% tenía pozo. El 74.6% restante no contaba con agua entubada: la obtenía básicamente por medio de pipas y la almacenaba en tambos, lo cual resulta bastante deficiente en cuanto a la conservación de la potabilidad del agua. Por otra parte, sólo el 22.1% de las viviendas contaba con drenaje y fosa. De un 21.5% no se investigó, aunque es presumible que entren en el rubro de “cielo abierto”.

Las colonias populares de Tijuana presentan, además de los problemas hasta aquí anotados, situaciones como la falta de pavimentación de sus caminos y calles y la no recolección de la basura y desperdicios. Todos éstos son factores de la alta contaminación del medio ambiente existente en dichas colonias. Por otra parte, en dichas colonias se padecen también derrumbes e inundaciones, así como incendios de basureros y de zacatales.¹⁴

14 “Abundantes casos de incendios en colonias populares, en los zacatales y basureros que existen allí, por el abrumador calor que se padece en estas fechas”. *El Mexicano*, Tijuana, B. C., 20 de junio de 1978.

Alimentación y salud

La forma en que se satisface la necesidad de albergue da la medida de cómo son satisfechas todas las demás.

Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*

Si las familias trabajadoras en Tijuana viven en las condiciones de vivienda descritas, no es de extrañar que su alimentación y su salud disten mucho de ser satisfactorias.

En la muestra encontramos que el consumo de alimentos ricos en proteínas, como la carne y los huevos, es satisfactorio para el 56.3% de las familias, más un 28.5% de familias que consumen tres veces a la semana estos alimentos. Solamente el 3.2% de las familias declaró no comer ni carne ni huevos ningún día a la semana. En las cien entrevistas libres realizadas en 1977 y en 1978 entre las familias de las colonias populares corroboramos este dato, variando según los recursos de los hogares el número de veces al día y la cantidad de dichos alimentos correspondientes a cada miembro de la familia.¹⁵ Otro alimento rico en proteínas, la leche, resultó ser ampliamente consumido por las familias trabajadoras: un 52.6% de las familias consumían café y leche todos los días; el 30.2% consumía leche todos los días y el 4.9%, café y leche tres veces a la semana. El 7.6% consumía tan sólo café diario; el 1.6% declaró variable el tipo de bebidas consumidas y del 0.8% no se supo.

Otro indicador del tipo de alimentación de estas familias es el consumo de alimentos industrializados como latería y carnes frías. Los datos de la muestra señalan que el 61.7% de las familias no tenían acceso a este tipo de alimentos; el 33.5% lo consumían tres veces a la semana, en tanto que un 4% los consumían toda la semana y del 0.7% no se supo.

Dentro de los hábitos alimenticios particulares de la zona norte del país, y que las ciudades fronterizas comparten, está el consumo de tortillas de harina de trigo. De la muestra, el 22% de las familias consumían tortillas de maíz. En cuanto al consumo de refresco embotellados y cerveza, encontramos que el 43.2% de las familias no consumía ninguno de estos productos; 19.6% consumían refrescos tres veces a la semana y 24.9% lo hacían diariamente; 6.7% de las familias consumían limonadas y cerveza tres veces a la semana. Resulta, pues, que los refrescos embotellados son fuente considerable de calorías para el 51.2% de las familias.

Las entrevistas abiertas revelaron que, además del consumo mayoritario de frijol, en las familias trabajadoras se da también un considerable consumo de papa, encontrándose una baja proporción de

¹⁵ A este respecto, es necesario tomar en cuenta que una gran proporción del consumo de carne la constituían vísceras de pollo, res y cerdo, muy baratas en el lado norteamericano.

legumbres y aún menor de frutas. Parece ser entonces que, en términos generales, la alimentación de la mayor parte de las familias trabajadoras de Tijuana no adolece tanto de insuficiencia de proteínas, como de insuficiencia de vitaminas, reflejándose esto en la salud de dichas familias.

Tal género de vida no puede, naturalmente, sino producir numerosísimas enfermedades.

Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*

Las condiciones de vida hasta aquí descritas tienen que repercutir en la salud de la población trabajadora de la ciudad de nuestro estudio. Esto se ve agudizado por la falta de servicios de seguridad social para gran parte de dicha población, lo que conduce a la automedicación como recurso curativo más común.

En el año de 1970, las diez primeras causas de morbilidad en Tijuana fueron, en orden de importancia, tuberculosis, sífilis, sarampión, tosferina, influenza, gastroenteritis, gonorrea, varicela, blenorragia y parotiditis.¹⁶ Esto nos habla por un lado, de la profusión de enfermedades venéreas, propiciada por la prostitución y la miseria; por otro lado, de condiciones que provocan una gran tendencia a enfermedades infecciosas de las vías respiratorias y del aparato digestivo, así como de la no participación de parte de la población infantil en los programas de vacunación. Para 1975 y 1976, los datos sobre morbilidad general confirman este diagnóstico de la salud en Tijuana.¹⁷

Las entrevistas libres realizadas en las colonias populares mostraron una alta morbilidad y mortalidad infantil debidas a infecciones respiratorias y del aparato digestivo. Las enfermedades más comunes fueron, además de las antes mencionadas, las infecciones de todo tipo (oídos, etcétera, y las causadas por la falta de atención de pequeñas heridas y accidentes), la sarna y otros tipos de padecimientos dermatológicos y, en las personas de edad avanzada, los padecimientos del corazón, los renales y la diabetes mellitus. Se vio además que en múltiples ocasiones los accidentes menores no se atienden debidamente y degeneran en padecimientos aún mayores. En más del 50% de las familias, la automedicación era el recurso más favorecido para curarse.¹⁸

16 Datos proporcionados por la Oficina de Servicios Coordinados de Salud en Mexicali, B. C.

17 Ibid.

18 El testimonio de una pasante de enfermería habla claramente de esta situación: “En la población de menores de un año es predominante la desnutrición, gastroenteritis y bronconeumonías, que vienen siendo consecuencia del desempleo del sostén de la familia, medio ambiente o poca alimentación, lejanía de centros asistenciales, comunicación deficiente y [...] falta de sensibilización y asesoría de parte del equipo humano que atiende los problemas de Salud Pública”. V. Romero López, *Estudio de comunidad de la ciudad de Tijuana, B. C.*, tesis, IMSS, Escuela de Enfermería Incorporada a la UABC, México, pp. 50-51.

Las diez primeras causas de mortalidad en Tijuana para 1970 siguen las mismas características que las de morbilidad, de privilegio a las neumonías e infecciones diarreicas.¹⁹ Respecto a la mortalidad infantil, las dos primeras causas son las mismas que en la mortalidad general.

Por su parte, la seguridad social abarcaba tan sólo a una tercera parte de las familias de la muestra, lo cual implica que la mayor proporción de la población trabajadora se halla sin acceso a los servicios de seguridad social. Las entrevistas libres confirmaron esta información, encontrándose además que gran parte de las familias recurren usualmente a la automedicación, incluso cuando tienen servicios de seguridad social, acudiendo al médico sólo cuando el caso es ya grave.

Además, la alta proporción de población flotante, así como la gran inestabilidad de los empleos, influyen en que gran parte de los trabajadores y sus familias queden fuera del IMSS o del ISSSTE.²⁰ En una entrevista con la jefa de Trabajo Social del IMSS se nos informó que no todas las empresas ingresaban a sus empleados al IMSS; además, de los afiliados, un alto porcentaje no acudía a esa institución a curarse (algunos porque van a Estados Unidos, otros porque se curan en hospitales y dispensarios norteamericanos situados en Tijuana y que atienden a la gente de escasos recursos).

En Tijuana existe gran cantidad de consultorios médicos particulares, que incluyen diferentes especialistas. La mayoría son francamente caros, dedicándose a la atención de norteamericanos que encuentran más barato curarse del lado mexicano que del norteamericano.²¹ De ahí que tan sólo la mitad de las familias de la muestra no cubiertas por la seguridad social acudan al médico particular para curarse.

Las condiciones de vida que padece la población trabajadora en Tijuana, dan como resultado un alto porcentaje de enfermos mentales y otro considerable de drogadictos y de alcohólicos, lo cual redundando en una alta violencia en las familias y fuera de ellas. Para los enfermos mentales no existe ninguna institución especializada que los atienda, por lo que van a parar a la cárcel o vagan sin rumbo por la ciudad.

Respecto a la proliferación del alcoholismo, recordemos el pasaje de la *Contribución al problema de la vivienda*, de F. Engels, en el que se esclarecen las raíces del fenómeno: “[...] entre los obreros la

19 Información proporcionada por la oficina de Servicios Coordinados de Salud del Estado de Baja California Norte, Mexicali, B. C.

20 Considérese que, en 1977, el IMSS tenía 94 873 afiliados y 88 497 derechohabientes, en tanto que el ISSSTE tenía 4 812 afiliados y 16 497 derechohabientes, en ese mismo año. Véase Manuel Guevara Santillán, *Estadísticas y gráficas de Tijuana. 1929-1979*, Tijuana, B. C., México, 1979.

21 Tijuana tiene especial fama en cuanto al tratamiento del cáncer, con medicamentos prohibidos en Estados Unidos.

afición a la bebida es, en las circunstancias actuales, un producto necesario de sus condiciones de vida, tan necesario como el tifus, el crimen, los parásitos, el alguacil y las otras enfermedades sociales. Tan necesario que se puede calcular por anticipado el término medio de borrachos” (op. cit., p. 564). A esto, podemos agregar que algo similar ocurre con las enfermedades mentales.

Educación y recreación

La situación de la educación en las ciudades fronterizas del norte de nuestro país, aunque superior respecto de la media nacional, deja aún mucho que desear. En el caso de Tijuana, encontramos que, para 1970, el 11.37% de la población mayor de diez años era analfabeta.²² Esta cifra de analfabetas es de suponerse que tiende a aumentar puesto que la tasa de absorción en la educación primaria es de tan sólo el 62%, lo cual implica que, de cada cien niños, treinta y ocho no tienen oportunidad de recibir educación básica alguna.²³ Todos los testimonios confluyen para afirmar que el crecimiento de la población en edad escolar rebasa las oportunidades de inscripción, tanto en las escuelas oficiales como en las privadas (esto último, para las familias que puedan efectuar este gasto).²⁴ Obviamente, la mayor proporción de analfabetas o niños sin escuela se concentra dentro de la población trabajadora, como lo muestran los datos de la encuesta de 1977.

Encontramos aquí que de la población mayor de cinco años, un 17.3% era analfabeta; 2.81 % sólo sabía leer y 2.18% sabía leer y escribir sin haber asistido a ninguna escuela. Un 52.29% tenía educación primaria pero incompleta y el 15.53% había recibido instrucción primaria completa. Tan sólo el 7.82% contaba con secundaria, academia o taller, completos o incompletos, y el 6.0% con preparatoria o normal. Únicamente el 0.09% de la población tenía educación profesional, en algún grado.

Los bajos niveles de educación de la población trabajadora en Tijuana se ven empeorados por la situación de inestabilidad de residencia en esta ciudad de una parte de su población, además de las consecuencias del flujo de familias inmigrantes provenientes de zonas rurales con escasas posibilidades educativas; todo ello, aunado a las condiciones de pobreza y miseria y a la insuficiencia de las escuelas primarias oficiales. De esta manera resulta que solamente en el 64.3% de las familias de la muestra todos los mayores de diez años eran alfabetas, en tanto que en el resto de las familias existía cuando

22 IX Censo General de Población.

23 Cf. M. Nolasco, arto cit., pp. VI a VIII.

24 “En lo que respecta a la educación, es desproporcional el aumento en la población de cero a cuatro años en comparación con el número de escuelas existentes”. Véase V. Romero López, op. cit., p. 49.

menos un miembro analfabeta mayor de esa edad. Por otra parte, en tanto que el 28.6% de las familias de la muestra tenía a uno de los padres o a los dos analfabetas, el 5.70% tenía a los padres analfabetas y/o por lo menos a alguno de los hijos analfabeta. Resulta claro que si bien la generación de los padres padeció la falta de educación básica de una manera drástica, existe una tendencia a una mayor participación relativa de la siguiente generación en la educación primaria, aunque con escasas posibilidades de completarla y menos aún de superarla. Por otra parte la situación de bajo nivel educativo entre la población trabajadora de Tijuana repercute negativamente sobre la higiene y la salud familiar, empeorando así las condiciones de vida de dichas familias.

En cuanto a las actividades recreativas, el panorama es aún más pobre. A pesar de que para 1972 existían en Tijuana cinco parques de beisbol, seis de futbol, dos canchas de básquetbol, tres jardines, uno de ellos con biblioteca pública, dos campos de golf, ocho cines, dos plazas de toros, cuatro lienzos charros, un jai-alai, un auditorio municipal, dos autódromos, una arena de box, un boliche, varios billares, seis pistas de baile y multitud de centros nocturnos, el nivel de ingresos de las familias trabajadoras no alcanza sino para ver la televisión y oír la radio, como actividades únicas de diversión, además de la lectura de fotonovelas, cómics, diarios deportivos y amarillistas, etcétera, y la afición por la bebida.

La información proporcionada por las entrevistas libres corroboró estos datos, encontrándose incluso, frente a la muestra, una mayor proporción de familias que no tenían ninguna actividad recreativa y una gran proporción que sólo oían la radio y/o veían la televisión. De las actividades realizadas, además de estas dos últimas, las más comunes fueron las de jugar futbol, básquetbol o beisbol e ir de paseo a las playas de Tijuana o a bailes. La actividad que ocupa el menor lugar en el tiempo libre de las familias de la encuesta es la asistencia a actividades de tipo religioso.

Lumpenización

Y el que, entre los “superfluos”, tiene bastante coraje y pasión para rebelarse abiertamente contra la sociedad y responder a la guerra oculta que la burguesía le hace, con la guerra abierta contra la burguesía, roba, saquea y mata.

Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*

Engels plantea así el origen de la lumpenización de los trabajadores más pobres a los cuales, ante la falta de trabajo, no les queda más remedio que la vagancia, la mendicidad, la prostitución, el robo y el

asalto. Esta tendencia se ve agudizada en el caso de nuestra ciudad en estudio, debido a su ubicación como ciudad fronteriza basada en el turismo y actividades legales e ilegales ligadas a esa condición: juegos de azar, prostitución, tráfico de drogas, contrabando de mercancías y de “braceros”, etcétera, lo cual conlleva una gran incidencia de criminalidad de todo tipo. Por otra parte, el grave desempleo y subempleo de los trabajadores, los bajos niveles de educación y de seguridad social, así como el fenómeno de la desintegración familiar que ello implica, dan lugar a la proliferación del alcoholismo, la vagancia, la drogadicción, el robo menor, las riñas y la prostitución, en las colonias populares. En suma, se dan las condiciones para el desarrollo de una nutrida capa de lumpenproletariado.

En los años de 1972 y 1975, la Cárcel Municipal de Tijuana concentró un promedio anual de 15 200 reos mayores de edad y 5 060 reos menores de edad. Las principales causas de detención fueron: ebriedad, mal vivencia, vagancia, drogadicción, robo, riñas, paso ilegal a Estados Unidos y posesión de marihuana u otras drogas.²⁵ En la Cárcel Preventiva de Policía se informó que en el año de 1978 existía un promedio mensual de ingresos de 600 a 700, la tercera parte de los cuales eran mexicanos y el resto extranjeros. La mayor frecuencia era de delitos de tráfico de drogas, homicidio, robo, lesiones y paso ilegal a Estados Unidos.

Las entrevistas abiertas realizadas en las familias de las colonias populares mostraron como denominador común problemas de desocupación, vagancia, desintegración familiar,²⁶ alcoholismo, drogadicción, robo menor y prostitución (ésta particularmente en las colonias cercanas a la “zona roja”). Un fenómeno peculiar dentro de la población joven de las colonias precarias —hombres y mujeres— es el de la formación de grupos que viven del robo, la prostitución y la ayuda a “polleros” a pasar braceros al “otro lado”. Estos jóvenes, con edades de diez a veinte años, son hijos de braceros recién inmigrados, de jornaleros u obreros eventuales o de prostitutas. Provenían de hogares en proceso de desintegración o ya desintegrados. Los grupos de “cholos” —como se les llama en esta ciudad— presentan agudas rivalidades entre sí y altos niveles de violencia. Producto de las condiciones de vida de las capas más depauperadas y golpeadas de la población trabajadora, estos jóvenes carecen de toda perspectiva de mínima rehabilitación, por cuanto no existe en Tijuana una institución que les ofrezca atención.²⁷

25 Información proporcionada por el Departamento de Policía de la ciudad de Tijuana.

26 De las familias de la muestra, el 35% padecía algún grado de desintegración (falta de algún miembro clave). Cf. M. Nolasco, arto cit. pp. VI a VIII.

27 Véase D. Barrera, “Los ‘cholos’. Notas sobre el desarrollo del pandillerismo juvenil en Tijuana, B. C.”, en prensa, INAH.

De cualquier forma, aun si tal institución existiese, no resolvería gran cosa, en tanto queden en pie las condiciones sociales que producen y reproducen a esta capa social.

CONCLUSIONES

El análisis de las condiciones de vida de la población trabajadora que habita en las colonias populares de Tijuana arrojó resultados bastante alejados del panorama oficial sobre la franja fronteriza norte.

Se encontró una Población Económicamente Activa formada por pequeños artesanos y trabajadores de talleres, obreros industriales y jornaleros agrícolas, empleados comerciales y de servicios y una capa de lumpenproletariado, formada por prostitutas, mendigos, ladrones, vagos, drogadictos, etcétera. En términos generales, se observó que sobresalía el problema del desempleo y del empleo por debajo del salario mínimo legal, el cual de cualquier modo no alcanza a cubrir las necesidades básicas de una familia promedio. Esta situación implica el progreso del pauperismo, que se refleja en la reducción del gasto familiar, que sólo llega a cubrir la alimentación, minimizándose e incluso eliminándose el gasto en vestido, habitación, etcétera, y mucho más el destinado a la recreación y la cultura.

De esta manera, se producen graves problemas en las colonias populares: proliferación de casas-habitación poco convenientes, hacinamiento, promiscuidad, carencia de servicios como alcantarillado, pavimentación, drenaje, agua potable, luz eléctrica, etcétera, carencias diversas en la alimentación —la cual se resiente por la inestabilidad y la baja remuneración de los empleos—, así como serias carencias de saneamiento ambiental, con la proliferación de enfermedades que ello desata. Por otra parte, se presentan deficiencias respecto a la educación de niños y adultos, aunadas a las escasas posibilidades recreativas para las familias trabajadoras.

Finalmente, el hacinamiento y la miseria, y la desintegración familiar que producen, conllevan el desarrollo del alcoholismo, la drogadicción, la prostitución, la delincuencia. Esto conduce a la lumpenización de grandes capas de depauperados.

La población trabajadora de Tijuana se encuentra pues en la necesidad de llevar una vida “de segunda”, ocupando empleos “de segunda”, cuando el capital norteamericano o mexicano así lo requiere, invadiendo terrenos, construyendo casas de cartón y de madera con desechos de Estados Unidos, instalando “diablitos” para robar la luz, automedicándose o asistiendo a dispensarios norteamericanos o a instituciones de beneficencia, reduciendo su diversión a mirar programas de

televisión en inglés, emborracharse, etcétera.

La evolución de las condiciones de vida de la población trabajadora nacional, a partir del año en que termina este estudio hasta la fecha, reconfirma las tendencias de reducción del salario real, de depauperización, de ampliación de las diferencias entre las diversas capas de la población trabajadora, y de polarización entre las clases sociales, así como de incremento de la desocupación y la llamada “subocupación”. Resulta, pues, que las perspectivas para los trabajadores de la ciudad de nuestro estudio distan de ser halagüeñas, en lo que atañe a sus condiciones de vida.

A más de un siglo de la investigación de Engels acerca de la situación de los obreros en Inglaterra, sus descripciones y fundamentaciones nos hablan de una realidad muy cercana a la de las capas mayoritarias de la población trabajadora de la ciudad de Tijuana.